

IÑIGO LAMARCA, Ararteko: Defensor del Pueblo Vasco, desde el 2004

"Invocaba a Dios para que me librara de mi homosexualidad"

IMA SANCHÍS

LAVANGUARDIA - 23/06/2009

En julio cumplo los 50. Nací y vivo en San Sebastián. Licenciado en Derecho. Estoy casado con Sergio. En Diario de un adolescente gay cuento el relato de mi vida hasta que cumplo 38 años. Mi sueño político es la desaparición de ETA. Fui creyente y soy agnóstico

Yo fui un niño absolutamente normal. Ni raro ni diferente.

Pregunta.- ¿Feliz?

Respuesta.- Sí, el mayor de cuatro hermanos de una familia unida y feliz. Mis problemas no empezaron hasta los 14 años, cuando mi inclinación sexual se manifestó de manera clara y percibí que mi deseo iba dirigido a los niños.

P.- ¿Se enamoró?

R.- Sí, a los 15 años me enamoré platónicamente. Todos los síntomas que yo sentía los escuchaba en boca de mis compañeros y compañeras pero referidos a personas de otro sexo. Ahí empieza la rareza.

P.- ¿Difícil, traumático...?

R.- Claramente fue un shock que me supuso un trauma. La sociedad de los 70, en Euskadi y en España, era fuertemente homófoba, maricón era lo peor que se le podía llamar a un hombre. Ya de por sí la sexualidad era

un tabú y no existía ningún referente homosexual a parte del hombre de la gabardina.

P.- ¿Qué hizo ante ese panorama?

R.- Callar, no decirle absolutamente a nadie lo que sentía y comportarme como un chico aparentemente heterosexual. Creé un mundo interior en el que bullían los sentimientos y los deseos pero que no trascendía.

P.- ¿Era usted católico?

R.- Sí, y de fuertes convicciones religiosas.

P.- Pues lo debía de pasar fatal...

R.- Fatal, se desencadenó una lucha interna contra mi naturaleza homosexual. Yo rechazaba la homosexualidad y ese rechazo me lo apliqué a mí mismo.

P.- Pero usted tenía claro que era gay.

R.- Sí, pero pensaba que podría ser algo pasajero. Las primeras palabras de mi diario son una invocación a Dios para que me ayude a resolver mi problema, que es como yo llamaba a mi condición, en ningún momento aparece la palabra homosexual, la propia palabra me producía rechazo.

...

Con los años voy asumiendo mi orientación sexual, pero hasta los 22 no abro la primera puerta del armario. Estaba en la mili y escribí dos cartas que lo explicaban todo. Una para mi mejor amiga, Victoria, una carta larguísima en la que le explico que tengo un grave problema, pero no me atreví a poner la palabra fatídica, homosexual, hasta el final de la carta.

P.- Pues le debió de dar un buen susto.

R.- Sí, porque Victoria pensó que tenía un problema realmente grave, ser homosexual para ella no lo era, así que la amistad todavía profundizó más. Y la segunda carta era para un monje, una persona de gran humanidad y cultura que me inspiraba mucha confianza. Yo todavía era cristiano.

P.- ¿Cómo reaccionó?

R.- Me dijo que en contra de la doctrina de la Iglesia él no consideraba que la homosexualidad fuese un pecado y me aconsejó que fuese fiel a mí mismo y que construyera una vida junto con quien quisiera.

P.- ¡Qué alivio!

R.- A partir de ahí me atreví a hablar con diferentes amigos y finalmente con mi familia.

P.- ¿No se atrevía a contárselo a su madre?

R.- Mis padres recibieron una educación en la que la homosexualidad era abominable. Hablamos de una época en la que era pecado, un crimen penalizado y la peor de las estigmatizaciones posibles. Era el negrísimo túnel del franquismo.

P.- Entiendo.

R.- Aun así yo intuía, y así fue, que la fuerza del amor está por encima de todo. Pero tuve que hacer mucha pedagogía porque mi elección no era casarme con una mujer y hacer una doble vida. Yo les expliqué que iba a ser consecuente e iba a luchar por mi dignidad.

P.- ¿Le respetaron?

R.- Con el tiempo, cuando vieron que mi activismo gay fue un valor positivo para que fuera elegido Ararteko les dio mucha satisfacción.

P.- ¿Cómo vivió esos años de silencio de los 15 a los 22 años?

R.- Había en mí una dimensión de angustia y de melancolía y por momentos de una cierta depresión que no exteriorizaba para no preocupar a mis padres. Intuitivamente recurrí a una terapia psicológica: ocuparme, me convertí en un hiperactivo.

P.- ¿Cuándo tuvo la primera relación abierta y tranquila?

R.- Explicarlo me dio la fuerza y el valor para aproximarme al mundo homosexual, la revista *Party* me ayudó mucho, a través de la sección de contactos conocí a los primeros amigos homosexuales. Pero la primera relación sexual no la tuve hasta los 23 años.

P.- ¿Cómo se sentía en los ambientes gais?

R.- Al principio extraño. En San Sebastián se abrieron locales gais en una zona que se conocía como *la cuesta del culo*, obviamente no hace falta decir por qué. Yo conocía de su existencia pero nunca me atreví a ir solo y cuando me atrevía a ir con amigos procuraba no ser visto.

P.- ¿Ocultó su condición siendo docente?

R.- Desde el momento en que conquisté la paz interior tuve claro que el motor de mi vida debía ser la sinceridad conmigo mismo. En la universidad no hice una declaración pública, pero no me oculté y no tuve ningún problema, ni tampoco en mis cargos públicos.

P.- Los secretos son demasiado pesados.

R.- Padres y madres deben tener claro que el azar es el que determina la orientación sexual y por tanto respetar a sus hijos, porque si los niños y las niñas no perciben ese respeto, el daño es grande. Y el poder público debe colaborar en esa normalización.

MÁS NORMALIDAD

Nunca juzgues a otro sin haber caminado un kilómetro en sus zapatillas, dice un viejo proverbio indio, y Diario de un adolescente gay (Alberdania) tiene el poder de meternos en la piel de un adolescente normalísimo que a causa de prejuicios y estereotipos sociales vive su homosexualidad como una enfermedad. Diez años profesor de Derecho Constitucional y diez de letrado de las Juntas Generales de Guipúzcoa, creó y preside desde el 2007 la asociación Gehitu (sumar). "Animo a todas las personas homosexuales a que visibilicen su orientación, porque uno de los aspectos que siguen incidiendo negativamente es el gran desconocimiento. El concepto de normalidad se tiene que ampliar".